

Jesús, dado su primer paso y formado el primer grupo de discípulos, se acerca a la sinagoga. En ella, hombres piadosos, creyentes, abiertos a Dios y anhelantes parecen escuchar la Palabra de Dios. Son judíos reunidos, que reconocen compartir una misma fe y costumbres, una misma vida cotidiana. Todos pertenecientes a un humilde pueblo de Galilea, llamado Nazaret. En la sinagoga, todos se conocen, se llaman por su nombre. En la sinagoga, todos esperan. Se proclama, cada día, la promesa hecha por Dios, esa tierra y vida deseada. Se dan pasos, pequeños muchas veces, para que llegue. Se escucha y se recuerda, se intenta llevar a la vida. Es una palabra proclamada, fuerte, clara. Y los judíos saben que es precisamente esa palabra la que les hace ser diferentes, pues en ella está la elección privilegiada de este grupo, el camino de Dios desde Egipto, los avatares de los jueces y reyes, y las declaraciones de los profetas. Es palabra a un tiempo sublime en sus expresiones y ordinaria y común. Es palabra fundadora.

Sin embargo, sólo en algunos momentos parece una palabra especial. Cuando aparece, "se nos van los demonios", que quiere decir a la vez que nos ponemos hechos unos fieras y que después recobramos una paz diferente. Ha salido lo que tenemos dentro, tanto la voz de Dios como la voz egoísta que no quiere que escuchemos más que nuestra propia opinión y placer. Pero, "se nos van los demonios", quedamos desahogados, no desfondados. Si algo tiene la Palabra, cuando nos dejamos levantar de esta manera es que recibimos una nueva profundidad, un nuevo espíritu.



Para orar

Acalla en mí las voces que me impiden conocerte. Acalla en mí las voces que son falsas respuestas, que me confunden y me satisfacen torpemente. Acalla en mí las respuestas fáciles, cómodas, que surgen sin preguntarme de verdad y dejarme interpelar por tu amor. Acalla en mí los falsos dioses, las historias de mentira que se han ido fortaleciendo y no me dejan ver.

Hazme recibir tu palabra con frescura y novedad, como un niño que está aprendiendo, como un niño que desea saber, que espera respuestas. Pero sobre todo, hazme recibir tu palabra como amor que me ama conociéndome, que no desea verme estancando en la mediocridad, que me empuja para salir de la mentira y superficialidad.

Cuando me acerco a tu vida me quedo sin palabras. Eres nuevo, aportas frescura, traes novedad, aliento, alegría. Hazme, Señor, recibirla sin perderla. Perderme en ella para ganarme. Hazme confiar.

Ante la escucha de la Palabra, en la sinagoga en la que suceden hoy los acontecimientos encontramos varios puntos para la oración.

- **Es Jesús quien pronuncia las palabras**, muchas de ellas ya conocidas. Varía la recepción, dependiendo de quién y cómo se reciba. Si bien es cierto que Jesús se atreve a decir algo que hasta entonces no se había escuchado. No se limita a desear, a fomentar que se desee. Jesús llama a su plenitud, a su realización. Y obedecerle, en gran medida, se descubre que es satisfacer algo más que necesidades. La autoridad de Jesús no viene de su poder, de su ropa, de su prestigio, sino de su realización. Decimos que alguien tiene razón cuando nos convence o demuestra algo. ¿Qué diremos entonces de aquel que "nos conduce hacia la plenitud"? Él es Jesús. Él se presenta así. Pide, confianza y fe.
- **Como recuerdo.** Frente a quienes viven la Palabra en la monotonía, como un recuerdo de otros tiempos, ya antiguos en los que sucedieron grandes cosas que ya no suceden, la Palabra irrumpe, rompe y quiebra. Sucede, escuchando a Jesús en la sinagoga, que lo que se dice, se dice "de mí", son palabras "para mí" de Moisés, "para mí" de Jeremías, palabras "para mí" de Elías, Oseas, Jonás... y siempre Palabras de Dios que desvelan mi interior y parecen conocerme de manera original.
- **Palabra que acalla.** Surgen resistencias. La imagen de la persona "poseída" ejemplifica claramente qué acontece cuando la Palabra se vuelve nueva: se revuelven las cosas de antes, la antigua comprensión, los esquemas que teníamos como referencia para comprender y actuar. Y si se rompen, tienen que provocar dolor, interno y silencioso. No sólo no valen las cosas de antes, sino que descubro que he sido atado, me he dejado atrapar. Si me hubieran puesto unas cadenas, hubiera sido más evidente. Pero no ha sido con algo físico y visible. Fue paso a paso, con promesas que aparentaban ser tan reales como verdaderas. El corazón se conformó con desear y esperar pasivamente el Reino mientras la historia continuaba su curso. Dios se convirtió en una imagen cerrada, comprensible y asequible, a quien había que pedir unas cosas e intentar ocultar otras. La verdad se hizo apariencias, y sus palabras llenaban vacíos que otras cosas ocupaban. Satisfacían un momento y al siguiente volvían a prometer. No se habían dado todas las circunstancias posibles, decían justificándose. Y era verdad, porque entre tantas cosas faltaba la más importante: Dios.
- **Palabra que libera.** Una palabra que manda callar, que pide arrojar fuera lo que no nos corresponde. Nadie se había atrevido a pronunciar esto así, con claridad. A la persona no les es propia la enfermedad, ni la locura, ni la conformidad, ni vivir sin Dios. Todas estas cosas son síntomas de haber sido comprados por lo que no sacia, ni calma, ni da plenitud. Liberarse de esas cadenas pasa por dejar actuar a Dios, quien para entrar primero hace sitio en el corazón del hombre.